

Comencé a sentir una gran cantidad de condenación por las cosas que hacía. Mis esfuerzos para enderezar mi vida eran siempre en vano. Una noche, saqué una Biblia que había recibido de la dama cristiana en mi ciudad natal. Estaba cubierta de polvo, pero algo conmovía dentro de mí. El día siguiente era mi día libre, y esa mañana algo pareció decir, “¿Por qué no oras?” Lo hice. Me puse de rodillas al lado de mi cama y pedí a Dios que fuese misericordioso conmigo. Le pedí que me diera lo que la gente de la Iglesia de la Fe Apostólica tenía.

Dios contestó mi oración. Pareció que las ventanas del Cielo se abrieron y la gloria de Dios se vertió en mi cuarto. ¡Aquella aplastante carga de pecado se fue! La paz y alegría que yo había buscado vinieron a mí en ese momento.

Ese día limpié mi casa. Determiné que mi casa sería un hogar cristiano de ahí en adelante. No podía soportar el olor del licor que antes había anhelado. Cuando mi hijo y mi hija regresaron a casa desde la escuela esa tarde, yo me encontraba vertiendo dos botellas de cerveza en el fregadero. Mi hijo dijo, “Algo le pasó a papá. ¡Está vertiendo su cerveza!” Les conté a los niños que ellos tenían un nuevo papá y que la vida sería diferente.

La próxima noche que había una reunión, yo estaba en la Iglesia de la Fe Apostólica,

y allí Dios vertió más en mi vida. Él santificó mi alma. Tan sólo unos meses después, Dios vertió el bautismo del Espíritu Santo sobre mí. ¡Qué emocionante fue eso!

Mis niños y yo comenzamos a orar juntos todos los días. En unas semanas, ambos le habían dado también sus corazones al Señor. ¡Éramos una familia cristiana!

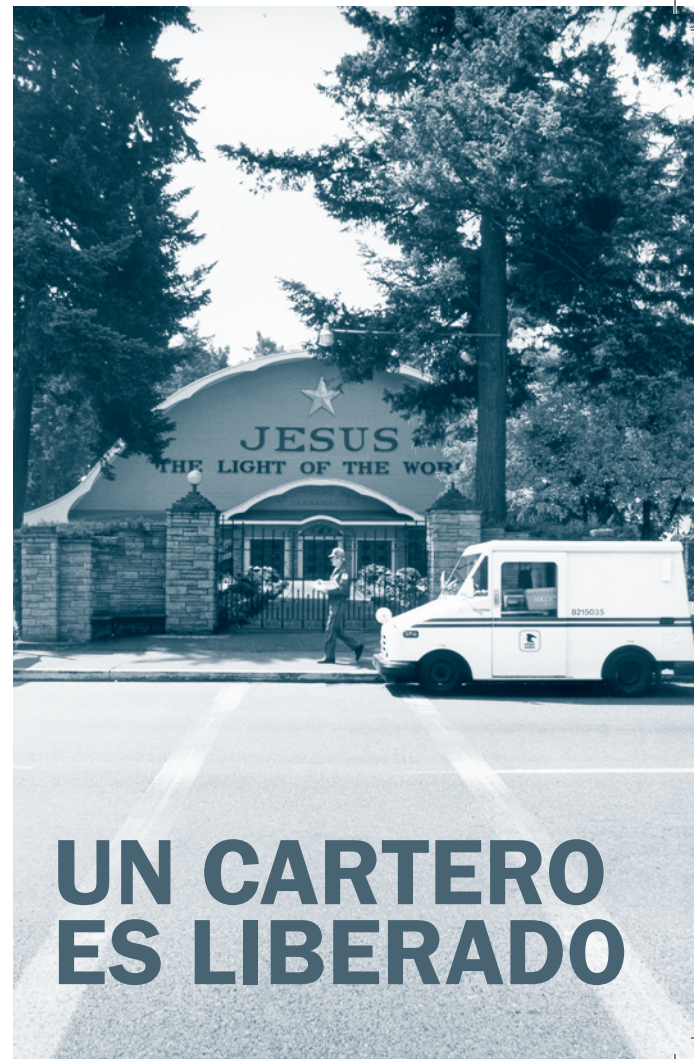
Un día supe precisamente cuánto Dios me había amado aun antes de ser salvado. Sabía que fue un milagro que no hubiera muerto la noche en que tomé las píldoras para dormir. Lo que yo no sabía era que una de las personas de la iglesia estaba de rodillas esa misma noche intercediendo por mí. Esa es la razón por la cual estoy vivo hoy. ¡Qué misericordia y amor muestra Dios a los pecadores!

Le agradezco a Dios por Su amor maravilloso hacia mí. Quiero servirle fielmente hasta el fin. — Allan Smith

APOSTOLIC FAITH CHURCH

World Headquarters
5414 SE Duke Street
Portland, Oregon 97206 U.S.A.
www.apostolicfaith.org

SP17-0624



UN CARTERO ES LIBERADO

Mi matrimonio de dieciocho años había llegado a ser insoportable, y finalmente, mi esposa y yo nos separamos. Una noche, alrededor de un mes después, me sentía absolutamente miserable. No había sido capaz de dormir mucho, así que compré algunas píldoras fuertes para dormir.

Acosté a los niños. Entonces, mientras la quietud se situaba alrededor de mí, levanté esa botella de píldoras para dormir. “¿De qué sirve?”, pensé. Apenas tenía cuarenta años de edad, pero me parecía que no quedaba nada por vivir, así que me tomé la botella entera de cien píldoras conjuntamente a una gran cantidad de alcohol. Por lo que a mí respectaba, ese era el fin.

Nací en una familia que no conocía a Dios. Vivíamos en un pequeño pueblo ferrocarrilero en Montana, Estados Unidos, y los ferroviarios me condujeron a lo profundo del pecado. Comencé a fumar a los diez años de edad y a beber a los doce. Sin embargo, Dios permitió que un poco de luz llegara a mi camino. Una dama cristiana vivía en nuestro pueblo, y me sentía algo diferente cuando visitaba su hogar. Ella siempre tenía la Biblia visible en su casa, y nos contaba a mi hermana y a mí sobre Dios.

Al ir creciendo, yo siempre buscaba los buenos ratos, pero nunca pude encontrar ninguna satisfacción duradera. Me casé, y durante los

primeros siete u ocho años, mi esposa y yo festejamos y perseguimos los placeres de esta vida. Entonces decidimos que era el momento para establecernos, así que compramos una casa en Portland, Oregon. Sentimos que nos estábamos alejando, así que adoptamos a un niño y luego a una niña. Yo había esperado que criar juntos a los niños nos ayudaría a acercarnos, y pareció funcionar por un momento, pero después de un tiempo nos comenzamos a alejar nuevamente. Un día mi esposa me contó que ella tenía una aventura. Nos separamos por ocho meses pero luego volvimos. Por un tiempo, pareció que las cosas estarían bien. Teníamos una casa grande, un buen ingreso, dos vehículos, un barco, y un remolque de viaje, pero esas cosas no nos trajeron satisfacción a ninguno de nosotros. Ambos comenzamos a beber más y más.

Yo quería algo más de la vida de lo que tenía. A través de los años, yo había tratado de unirme a varias iglesias, pero nunca encontré nada en ellas que me ayudara. Llegué a la conclusión de que la gente que iba a la iglesia era hipócrita, y decidí que la religión no era para mí. Entonces fui asignado a una ruta de correo en el barrio alrededor de la Iglesia de la Fe Apostólica. Comencé a observar las vidas de la gente de la iglesia, y estaba impresionado. Las personas con quienes yo

hablaba realmente se preocupaban por mí, pero rehusé sus invitaciones para asistir a las reuniones.

Cuando mi esposa y yo nos separamos, la vida perdió su significado para mí. Gracias a Dios, alguien me encontró esa noche después de que traté de acabar con mi vida con píldoras para dormir. Me llevaron precipitadamente al hospital, y allí el personal médico pugnó para mantenerme vivo. El doctor me contó luego que no comprendía por qué yo no había muerto. Yo tampoco comprendía. Remordimiento y angustia me seguían a dondequiera que fuese.

Mis hijos permanecían conmigo, aunque yo no era un buen padre. Después de recogerlos de la niñera y darles una cena rápida, yo encendía la televisión para ellos y salía por la noche para tratar de encontrar alguna satisfacción. Yo era un hombre muy pecador. Llegó al punto en que estaba bebiendo en la mañana, tarde y noche. Si me hubieras preguntado, habría dicho que podía dejarlo, pero en realidad no podía. Yo era un alcohólico.

La gente de la Iglesia de la Fe Apostólica comenzó a orar por mí regularmente. Uno de ellos vino a mi hogar y comenzó a llevar a mis niños a la escuela dominical cada semana, pero yo continué resistiéndome a las invitaciones para ir a las reuniones.